

## **LAURA CORSO (1956-2024). RECUERDOS DE UNA VIDA DEDICADA AL ESTUDIO Y EL AMOR A LA SABIDURÍA**

Cuando uno se va haciendo más viejo, se le hace cada vez más grande la tentación de ignorar la sabia advertencia de aquel dicho español según el cual no hay que elevar la anécdota a categoría. Me temo que voy a incurrir en ese error, porque mucho de lo que voy a decir tiene un carácter anecdótico y se apoya en recuerdos que surgen del vínculo personal que mantuve con Laura por casi cuatro décadas. Pero la verdad es que no sé tampoco cómo podría evitar este giro hacia lo anecdótico y lo personal. Sólo espero no exagerar demasiado.

Conocí a Laura, si no recuerdo mal, allá por fines de 1984 o comienzos de 1985. La conocí a través de otro recordado colega y común amigo, que lamentablemente nos dejó muy joven: Ernesto La Croce. Allá por 1979 Ernesto era jefe de trabajos prácticos (JTP) de la cátedra de Historia de la Filosofía Antigua de la Universidad de Buenos Aires, que en ese entonces estaba a cargo del profesor Francisco J. Olivieri, dado que el profesor Conrado Eggers Lan, que había sido históricamente el titular de la cátedra, se encontraba exiliado en México. Como alumno del segundo año de la carrera de Filosofía, yo cursaba la materia de Historia de la Filosofía Antigua y asistía a las clases prácticas que dictaba Ernesto. Años después, hacia 1984, cuando el profesor Eggers Lan regresó al país y se reintegró a su cátedra, yo ya estaba recibido y me incorporé enseguida a su cátedra como profesor ayudante. En ese marco, compartí varios años muy productivos de trabajo y trato personal más cercano con Ernesto, hasta que partí hacia Alemania a fines de 1988.

En esos agitados tiempos del regreso del régimen democrático a fines de 1983, yo empezaba a estudiar más sistemáticamente Aristóteles. Ernesto, que era un gran estudioso aristotélico, me invitó un día a concurrir a la sede, situada en la tradicional calle Viamonte de Buenos Aires, del “Instituto de Filosofía Práctica” (INFIP), dirigido por el profesor Guido Soaje Ramos, que era donde el propio Ernesto tenía su lugar de trabajo como investigador de CONICET. Allí, me dijo, tenían una muy buena biblioteca, con muchas cosas sobre Aristóteles, que eran muy difíciles de conseguir en aquellos años. Eran tiempos en los que internet no figuraba ni en las novelas de ciencia ficción: ¡si hasta las fotocopias eran malas y muy caras! Verdaderamente, es casi imposible imaginarse ahora lo que costaba entonces, en nuestra lejana periferia porteña, conseguir los libros y artículos especializados que se necesitaban para poder avanzar en la investigación, con un mínimo de seriedad. Todo era, desde el punto de vista del material disponible, una verdadera penuria. Por eso, a un principiante como yo, que venía a ser lo que los alemanes llaman un *blutiger Anfänger*, una biblioteca especializada tan bien dotada como la del INFIP se le aparecía casi como un jardín del Edén.

Fue en el INFIP donde pude conocer por primera vez a Laura, y también a otras colegas que trabajaban entonces allí, como la profesora Maja Lukac y, si no recuerdo mal, también la profesora Beatriz Bossi. En los primeros tiempos no tuve, realmente, mucha interacción con Laura. Bastante más con Beatriz Bossi, que participaba junto con Ernesto La Croce en el seminario de traducción del *Timeo* de Platón que el profesor Eggers Lan ofrecía para los miembros de su cátedra. Sin embargo, cuando hacia fines de 1986, se empezó a gestar entre quienes formábamos el entorno de Eggers Lan la idea de fundar la revista *Méthexis*, dedicada específicamente a la filosofía antigua, la interacción con Laura se intensificó notablemente. La razón es que concebimos la idea de dedicar los primeros fascículos del “Suplemento para estudiantes de habla hispana” de la revista a la traducción de textos del estoicismo antiguo. Como era natural, Laura se incorporó al grupo de traductores, del que también yo formé parte al principio, pero cuya columna vertebral eran la profesora Victoria Juliá y nuestro gran amigo el profesor Marcelo Boeri. Ya en esos años Laura se dedicaba centralmente a su amado Cicerón, el autor al que consagró la mayor parte de su brillante carrera como investigadora. En el marco del trabajo de traducción de los textos estoicos comenzaron también los memorables debates sobre Cicerón que Laura mantuvo, a lo largo de décadas, con Marcelo Boeri. Con la evidente intención de hacerla enojar un poco, Marcelo solía referirse a Cicerón, en tono algo despectivo, como “el abogado romano”, y lograba habitualmente su objetivo. Eran discusiones llevadas a cabo con espíritu amistoso y deportivo. A los que presenciamos algunas de ellas nos resultaban interesantes y también divertidas, porque se trataba de intercambios intensos entre dos eruditos notables, que iban siempre sazonados con un sano sentido del humor, y también con una pizca de ese característico desparpajo bonaerense.

A fines de 1988 partí hacia a Alemania, y regresé a fines de 1993, pero no a Buenos Aires, como había pensado al partir, sino a Santiago de Chile, donde me instalé para trabajar como profesor en la Universidad de los Andes. Nunca perdí contacto del todo con Laura. Pero nuestro intercambio volvió a intensificarse drásticamente en la segunda mitad de los años '90, sobre todo, cuando allá por 1997, emprendimos, junto con ese gran filósofo y entrañable amigo que fue Alfonso Gómez Lobo, la tarea de reactivar la vieja Colección Clásica de la Editorial Universitaria de Chile. En esa colección publicamos Alfonso y yo nuevas traducciones de Platón, y logramos también que Marcelo Boeri nos hiciera dos preciosas antologías de textos de los estoicos y Epicuro, y Leandro Pinkler, otro viejo amigo de los años de estudio en la Universidad de Buenos Aires, una excelente versión del *Edipo rey* de Sófocles.

En ese marco, le ofrecimos a Laura la posibilidad de publicar una traducción anotada del *De legibus* ciceroniano, en la que empezó a trabajar de inmediato, con ese derroche de ahínco que ponía en todo. Todavía recuerdo las larguísimas charlas telefónicas que mantuvimos en aquellos tiempos. Laura, que era muy telefónica, me llamaba a mi casa por la noche, y yo, que aborrezco el teléfono, conversaba con ella sobre diversos asuntos filológicos y filosóficos vinculados con la interpretación del texto, a veces por más de una hora o dos. ¡Y eran tiempos en los que las llamadas internacionales costaban bastante dinero! Por momentos, el intercambio telefónico se me hacía un pequeño suplicio, del que ahora

guardo, sin embargo, un entrañable recuerdo. Cuando Laura tuvo lista una primera versión de su traducción, Alfonso hizo una revisión a fondo. Laura le agradece por ello en el libro. La segunda versión –o, al menos, la segunda que Alfonso y yo pudimos ver, pero que debía ser seguramente la quinta o la sexta hecha por Laura– la revisé yo mismo. Viajé especialmente a Buenos Aires, para poder discutir el texto con ella *tête-à-tête*, y estuvimos varios días trabajando intensamente en la revisión del texto. Recuerdo con entrañable afecto esas largas horas de trabajo, en casa de Laura y su esposo Fernando, porque, además, Laura era una anfitriona inigualable, que agasajaba a sus invitados con una generosidad desbordante.

Ese fue el origen remoto de la pequeña joya que es la edición bilingüe anotada del *De legibus*, cuyo ejemplar tengo aquí, dedicado por Laura. Pequeña es esta joya sólo por el formato de bolsillo del libro, que apareció, finalmente, en la excelente Colección Clásica de la Editorial Colihue de Buenos Aires. La Editorial Universitaria de Santiago de Chile, entre tanto, había quebrado, una historia bastante recurrente en esta sufrida región del mundo. Recuerdo que, al quedarnos sin editorial en Chile, puse a Laura en contacto con la gente de Colihue, más precisamente, con Emiliano de Bin y Mariano Sverdloff, que aco-gieron con entusiasmo la idea de publicar la obra. Laura les agradece expresamente en el libro. Laura se hizo después muy amiga de ellos, y tenían, me consta, otros interesantes proyectos en vista, que, lamentablemente, ya no se van a poder concretar.

Digo que esta edición es una joya, y no creo exagerar. La traducción está cuidadísima y las notas, que rebosan erudición, son siempre útiles y acertadas. Pero, además, la edición se completa con una excelente introducción, de unas 130 páginas, que bien podría haber sido una monografía independiente o casi. Según mis cuentas, Laura trabajó unos 15 años en esta obra, pero, en verdad, había trabajado para ella ya muchos años antes de emprenderla, desde el comienzo mismo de su carrera como investigadora. Se puede ver plasmada aquí toda una vida dedicada al estudio. La combinación de conocimiento histórico, exactitud filológica y visión filosófica que ofrece es muy impactante. Me temo que hay que saber por experiencia propia lo que significa hacer un trabajo de este tipo, para poder apreciar cabalmente el valor de esta contribución de Laura.

Pero no se trata de una contribución aislada. Y no me refiero a que está acompañada de muchas otras, en la forma de libros, artículos y conferencias. Lo digo, más bien, porque se inscribe en una línea de trabajo delineada de modo preciso y con gran clarividencia, que es la que Laura siguió, con esa perseverancia impresionante que la caracterizaba, a lo largo de toda su vida de trabajo. A mi modo de ver, junto con Francisco Bertelloni, Laura fue una de las pocas personas en el medio filosófico argentino que, ya en aquellos lejanos años 80, hicieron esfuerzos para reposicionar el pensamiento escolástico en la historia, por así decir, para hacerlo revivir, rescatándolo del esclerosamiento causado por una pretendida y, a veces, hasta burda impostación sistemática, que lo convertía en una suerte de cadáver. Laura entendió muy tempranamente que la verdadera manera mostrar la vigencia de un pensador que se reputa clásico no consiste en desligarlo de su tiempo y de la historia, para convertirlo en una suerte de figura abstracta, casi fantasmagórica. Por el

contrario, una hermenéutica adecuada tiene que hacer debida justicia al lazo que lo une con su propio tiempo, entre otras cosas, también porque ese es el único modo de hacer resaltar también aquello en lo que logró trascenderlo.

La vía a través de la cual Laura llevó a cabo esta tarea –que, en ciertos aspectos, fue titánica, también por la relativa soledad en la que tuvo trabajar durante años y por la resistencia con la que a menudo se enfrentó– fue la de seguir la huella de la síntesis ciceroniana, para hacer poner de manifiesto su aporte crucial en la formación del pensamiento escolástico, empezando nada menos que por el propio Tomás de Aquino. El mejor ejemplo de los frutos que Laura cosechó en este empeño lo proporciona su tesis doctoral, que se publicó como libro en 2008, y que tuve el gusto de poder reseñar.<sup>1</sup> En este trabajo, de factura excelente, Laura deshace el ovillo enmarañado de las fuentes tomasianas y sigue los hilos principales que dan cuenta de la presencia de Cicerón y su importancia para el modo en el cual Tomás llega a su concepción de la ley natural y su teoría de la virtud. Estas últimas son estudiadas en las partes segunda y tercera del trabajo, tras una primera parte dedicada a la reconstrucción de la propia concepción ciceroniana. Esta es presentada como una peculiar síntesis en la que convergen, sobre todo, motivos académicos y estoicos, pero también epicúreos y escépticos.

A pesar del mal gusto que revela citarse a sí mismo, por el cual pido disculpas desde ya, me permito repetir aquí lo que dice el párrafo final de esa reseña ya vieja:

Se trata [...] de un trabajo que exhibe las virtudes más características de la mejor investigación de carácter histórico-crítico: soberanía en el manejo de las fuentes, precisión en el tratamiento de los conceptos fundamentales, sensibilidad para la detección de los cambios de énfasis, capacidad de concentración en el detalle sin perder [...] de vista el contexto, ponderación en el juicio de los aportes realizados por la investigación precedente. Una obra que se esfuerza por cultivar tales virtudes permanecerá necesariamente ajena a toda pretensión de espectacularidad. Pero ello, lejos de afectar la relevancia de los aportes que realiza, más bien la refuerza. En el caso de Tomás de Aquino, el amplio predominio de los enfoques puramente sistemáticos hace todavía más deseable, si cabe, este tipo de aportaciones. Y en el caso de Cicerón, la rehabilitación de su papel como pensador filosófico original puede decirse que está en pañales, sobre todo, en nuestra lengua. Si a ello se añade la ya mencionada escasez de estudios que abordan la relación entre ambos autores, la conclusión no puede ser sino unívoca: Laura Corso nos ha proporcionado una obra que constituye un valiosísimo aporte a la investigación especializada, y que será de referencia obligada para todos los interesados en la temática que aborda.

Ya en esta obra aparecen claramente indicados también, como precedentes inmediatos de Tomás, los otros dos autores que iban a ocupar a Laura, junto a Cicerón, en sus últimos años de trabajo: Alberto Magno y Felipe el Canciller. Sobre ellos Laura ha hecho

<sup>1</sup> Laura E. Corso de Estrada, *Naturaleza y vida moral. Marco Túlio Cicerón y Tomás de Aquino*, Colección de Pensamiento Medieval y Renacentista (Pamplona: EUNSA, 2008), 330 págs. Mi reseña fue publicada en *Cauriensia* 8 (2013) y, en versión más breve, también en *Anuario Filosófico* 46/1 (2013).

también, como todos Uds. saben, aportaciones notables. Podría seguir aburriéndolos con referencias a toda una cantidad de trabajos y actividades realizados por Laura, en algunos de los cuales he cooperar de diversos modos. Por caso, me vienen a la mente los encuentros que hicimos en Pamplona, en el marco de un proyecto sobre la génesis de las concepciones modernas de la ley natural, para discutir la concepción estoica de la *oikeíosis* y su recepción. Laura contribuyó a ellos de modo fundamental. También puedo mencionar el trabajo, compartido con la profesora María Jesús Soto, para el volumen titulado *Vox naturae, vox rationis. Conocimiento de la naturaleza, de la causa y de la ley: Edad Media y Modernidad Clásica*, que fue editado por ambas y apareció en la serie “Reason and Normativity” de la editorial alemana OLMS (Hildesheim) en 2016. Ni hablar de todo lo hecho por Laura, a lo largo de tantos años, para las Jornadas “*De Iustitia et Iure*” de la Pontificia Universidad Católica Argentina (Buenos Aires), y para tantos otros emprendimientos académicos e institucionales, que muchos de Uds. conocen mejor que yo.

Pero no quiero cansarlos. En un giro algo brusco, pero imprescindible, permítanme terminar de un modo diferente, porque, si es verdad que echamos de menos a la pequeña gran estudiosa, de enjundia incomparable, animada por ese intenso amor a la sabiduría que irradiaba hasta por los poros, cierto es también que echamos de menos, y todavía más, a la anfitriona inigualable, a la compañera que derrochaba generosidad, y a la amiga incondicional de sus amigos. Aun corriendo el riesgo de parecer algo estrafalario, me permito terminar, pues, con una referencia no a Cicerón ni a Tomás de Aquino o Alberto Magno, ni mucho menos a Felipe el Canciller, de quien sólo supe a través de Laura, sino a Jimi Hendrix, del que Laura, creo, nunca se enteró, ni siquiera por mí. Y espero no ser cancelado por esto, cosa que está tan de moda. En un misterioso poema escrito pocas horas antes de su muerte inesperada, la noche del 18 de septiembre de 1970, Hendrix dejó asentada esta prodigiosa sentencia:

*The story of life is quicker than the wink of an eye,  
the story of love is hello and goodbye... until we meet again.*

Creo que todos los que tanto admiramos y quisimos a Laura, esperamos ese reencuentro. A veces, con mayor o menor confianza. A veces, con alegría y, a veces, con tristeza. Pero lo esperamos. Muchas gracias.

Alejandro G. Vigo  
Universidad de los Andes  
Santiago de Chile

